



GEORGE WEIGEL

JUAN PABLO II

EL FINAL Y EL PRINCIPIO

*La biografía más esperada del papa que cambió
el curso de la Historia*

JUAN PABLO II

EL FINAL Y EL PRINCIPIO

La biografía más esperada del papa
que cambió el curso de la Historia

GEORGE WEIGEL

Traducción de Emilio G. Muñiz,
Emma Fondevila y Olaya Muñiz Fondevila

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The End and the Beginning*

- © George Weigel, 2010
- © de la traducción, Emilio Muñiz, Emma Fondevila y Olaya Muñiz, 2011
- © Editorial Planeta, S. A., 2014
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en esta presentación: abril de 2014

Depósito legal: B. 4.787-2014

ISBN 978-84-08-12755-0

ISBN 978-0-385-52479-7, Doubleday (una división de Random House Inc.),

Nueva York, edición original

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Book Print Digital, S. A.

Impreso en España / Printed in Spain

Ediciones anteriores en otras presentaciones: junio de 2011

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

ÍNDICE

<i>Prólogo. El papa del milenio</i>	9
Primera parte: NÉMESIS: KAROL WOJTYŁA CONTRA EL COMUNISMO, 1945-1989	27
Capítulo 1. Tácticas de apertura	29
Capítulo 2. <i>Defensor civitatis</i>	58
Capítulo 3. Confrontación	98
Capítulo 4. Victoria	148
Segunda parte: KÉNOSIS: LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL PAPA JUAN PABLO II, 2000-2005	191
Capítulo 5. El Gran Jubileo de 2000. <i>Hasta Jerusalén</i>	193
Capítulo 6. El Gran Jubileo de 2000. <i>De profundis</i>	227
Capítulo 7. Las turbulencias de la historia. <i>2001-2002</i>	261
Capítulo 8. El valle de las sombras. <i>2003-2004</i>	311
Capítulo 9. La última encíclica. <i>Enero-abril de 2005</i>	368
Tercera parte: METANOIA: EXAMEN DE LA VIDA DE UN DISCÍPULO	397
Capítulo 10. Desde dentro	399
Capítulo 11. Las dimensiones de un pontificado	427
<i>Bibliografía</i>	517
<i>Agradecimientos</i>	531
<i>Notas</i>	537
<i>Índice analítico</i>	605

1. TÁCTICAS DE APERTURA

- 18 de mayo de 1920.** Karol Józef Wojtyła nace en Wadowice y es bautizado el 20 de junio.
- 16-17 de agosto de 1920.** El Ejército Rojo invade Europa y es repelido en el Milagro del Vístula.
- Agosto de 1938.** Wojtyła se traslada a Cracovia para iniciar sus estudios de filología polaca en la Universidad Jagellónica.
- 1 de septiembre de 1939.** Alemania invade Polonia, iniciando la segunda guerra mundial en Europa.
- 17 de septiembre de 1939.** El Ejército Rojo invade Polonia, que a continuación queda repartida entre dos potencias totalitarias.
- Noviembre de 1939.** Karol Wojtyła, que es entonces un trabajador manual, inicia una vida académica clandestina y empieza a colaborar con la resistencia.
- Otoño de 1942.** Aceptan a Wojtyła en el programa del seminario clandestino de Cracovia.
- Otoño de 1945.** Aparece por primera vez el nombre de Wojtyła en los archivos de la policía secreta comunista.
- 3 de mayo de 1946.** Wojtyła participa en manifestaciones estudiantiles enfrentándose a la policía secreta comunista y a las fuerzas de seguridad internas.
- 30 de junio de 1946.** Cracovia consigue el mayor número de votos anticomunistas en Polonia durante un falso «referéndum popular».
- 1 de noviembre de 1946.** Karol Wojtyła es ordenado sacerdote y se marcha de Polonia para realizar estudios de posgrado en Roma.
- 17 de enero de 1947.** Las «elecciones» parlamentarias confirman el control comunista de Polonia.
- 12 de noviembre de 1948.** Stefan Wyszyński es nombrado arzobispo de Gniezno y de Varsovia y primado de Polonia.
- 17 de marzo de 1949.** El padre Karol Wojtyła comienza una capellanía académica en la iglesia de San Florián de Cracovia.
- 5 de marzo de 1953.** Muere Stalin.
- 25 de septiembre de 1953.** El cardinal Wyszyński comienza tres años de arresto domiciliario.
- 12 de octubre de 1954.** El doctor Karol Wojtyła empieza a enseñar en el departamento de filosofía de la Universidad Católica de Lublin (KUL).

- 25 de febrero de 1956.** Nikita Jrushchov denuncia el culto a la personalidad de Stalin en el XX Congreso del Partido Comunista soviético.
- 28 de junio de 1956.** Una huelga general en Pozna desemboca en represión armada y en la muerte de trabajadores polacos.
- 23 de octubre de 1956.** Estalla la Revolución húngara.
- 28 de octubre de 1956.** El cardenal Wyszyński regresa a Varsovia tras serle levantado su arresto domiciliario.

La vida de Witold Pilecki supera la imaginación de los grandes dramaturgos.

Nació en Rusia en 1901 en el seno de una familia polaca posiblemente trasladada a la fuerza tras la fallida insurrección contra los zares de 1863-1864. Tras combatir con los partisanos polacos en los últimos días de la primera guerra mundial, sirvió con las fuerzas polacas en la guerra polaco-soviética de 1919-1920, un hecho poco conocido que salvó a la Polonia recién resurgida de la conquista bolchevique e impidió que el Ejército Rojo iniciara su senda de destrucción en una Europa agotada por la guerra. Tras ser condecorado dos veces por el heroísmo desplegado en la defensa de la nueva independencia polaca, Pilecki fue licenciado y pasó los años de entreguerras como granjero. En esa época se casó y tuvo dos hijos.

Apenas una semana antes del estallido de la segunda guerra mundial, Pilecki se puso al frente de una sección de Caballería en la XIX División de Infantería polaca. Después de dos semanas de luchar contra los invasores alemanes, la división fue desmovilizada como consecuencia de la invasión soviética de Polonia; Pilecki y su comandante, Jan Włodarkiewicz, marcharon a Varsovia y organizaron el Tajna Armia Polska («Ejército Secreto Polaco») como movimiento clandestino de resistencia. En 1940, sus ocho mil miembros se incorporaron al Armia Krajowa («Ejército Patriótico», AK), sucesor de las fuerzas militares polacas en un país ocupado y dividido, y brazo armado del Gobierno polaco en el exilio con base en Londres.

Ese mismo año, más adelante, Pilecki propuso a sus superiores del AK un arriesgado plan: se dejaría arrestar para que lo enviaran al Konzentrationslager Auschwitz, situado en la parte de Polonia que había sido incorporada al Tercer Reich. Allí se proponía organizar la resistencia entre los prisioneros, reunir información y hacerla llegar al AK, que tenía posibilidades de transmitirla a Londres. Sus superiores accedieron. Fue así como, bajo el *nom de guerre* de *Tomasz Serafiński*, Pilecki se hizo arrestar deliberadamente en una redada que hizo la Gestapo entre los civiles; fue arrestado, torturado y enviado luego al campo de trabajo de Auschwitz, donde fue el prisionero 4859. En Auschwitz, Pilecki se puso a la tarea de organizar la Związek Organizacji Wojskowej («Unión de Organizaciones Militares», ZOW), que

contribuyó a levantar la moral de los prisioneros, a distribuir ropa, alimentos y medicinas de contrabando, y entrenó a un movimiento de resistencia capaz de hacerse con el control del campo en caso de un ataque de los Aliados. Mantuvo contactos con los patriotas locales polacos y reunió información sobre las operaciones del campo. En 1941, la ZOW ya contaba con una radio que habían construido, y Pilecki hacía llegar los informes sobre la vida, la muerte y las torturas de Auschwitz a la resistencia polaca que, a su vez, los enviaba a Londres. La esperanza de los prisioneros era que dichos informes provocaran un ataque conjunto sobre el campo del AK y los Aliados occidentales, usando tal vez a la Brigada Polaca de Paracaidistas que se había formado en el exilio.

Sin embargo, después de dos años, Pilecki decidió escapar y tratar de llegar al cuartel general de la AK; quería abogar en persona por un ataque de liberación al complejo de Auschwitz, que a esas alturas había sido ampliado para incluir las cámaras de gas y los crematorios de Birkenau (llamado a veces Auschwitz II). Con la ayuda de patriotas locales, hizo realidad su huida en abril de 1943 y consiguió llegar a Varsovia. Los británicos consideraron que sus informes sobre Auschwitz eran exagerados. Parecían incapaces de imaginar asesinatos masivos de escala industrial, y los jefes del AK llegaron a la conclusión de que sin apoyo aliado desde el aire era imposible un ataque sobre los campos de concentración y de exterminio.

Pilecki se incorporó entonces a una unidad del AK que, además de sus actividades antinazis, estaba dedicada a oponer resistencia a una ocupación soviética de Polonia después de la guerra, una posibilidad nada improbable a la luz de la estrategia que estaban aplicando los Aliados. Después del estallido del levantamiento de Varsovia el 1 de agosto de 1944, Pilecki luchó anónimamente como soldado raso. Más tarde, cuando reveló su grado, asumió el mando de un importante sector que se mantuvo durante dos semanas bajo un feroz asalto alemán. Cuando las autoridades del AK se rindieron tras sesenta y tres días de épico combate, Pilecki fue capturado y se pasó el resto de la guerra en dos recintos de la POW alemana. Cuando esos campamentos fueron liberados, se unió al famoso Corps II polaco, vencedor en Monte Cassino y en Falaise Pocket, en Normandía. El comandante del Corps II, el general Władysław Anders, tenía otra misión para el intrépido oficial que había demostrado un valor e ingenio tan extraordinarios durante cinco años. Se le pidió a Pilecki que regresase a una Polonia atenazada por el Ejército Rojo y el NKVD (predecesor del KGB); allí tendría que restablecer su red de inteligencia e informar al Gobierno exiliado en Londres, que seguía todavía reclamando la autoridad legal sobre los asuntos polacos. Parecía otra misión sin sentido, pero Pilecki accedió a ir, y además de cumplir los deberes que se

le habían asignado, escribió un estudio sobre Auschwitz. Cuando el Gobierno en el exilio decidió que su situación era desesperada y ordenó a los combatientes de la resistencia que quedaban que volvieran a la vida civil o trataran de huir a Occidente, Witold Pilecki desmanteló sus redes de inteligencia, pero se quedó en Polonia. En 1947, empezó a reunir información sobre las atrocidades del NKVD y el Ejército Rojo contra los patriotas polacos, en muchos casos antiguos miembros del AK o del Corps II.

Después de que lo arrestara la policía secreta comunista en mayo de 1947, Pilecki fue brutalmente torturado antes de su juicio, pero no reveló nada que pudiese comprometer a otros. Las «pruebas» obtenidas bajo soborno que se usaron contra él en el simulacro de juicio de marzo de 1948 provenían, entre otros, de un compañero superviviente de Auschwitz, Józef Cyrankiewicz, que más tarde sería uno de los primeros ministros de la Polonia comunista. Pilecki admitió abiertamente que había pasado información al cuartel general del Corps II polaco, lo cual consideraba su deber como oficial. Acusado falsamente de haber planeado asesinatos, cosa que negó, Witold Pilecki fue condenado a la pena capital y fusilado el 25 de mayo de 1948, en la prisión Mokotów de Varsovia. Su tumba jamás fue encontrada; se cree que su cuerpo fue abandonado en un vertedero próximo a un cementerio local.

Ésta fue la Polonia en la que Karol Wojtyła, a quien el mundo llegaría a conocer como papa Juan Pablo II, fue ordenado sacerdote católico en 1946: un país en el que hombres de un honor intachable y extraordinario heroísmo podían ser condenados por traición y asesinados por los matones comunistas, y sus cuerpos arrojados a vertederos de basura. Las fuerzas que crearon, y mantuvieron brutalmente, este pozo de oscuridad fueron la némesis —el enemigo aparentemente invencible— contra la cual luchó Karol Wojtyła durante más de tres décadas.¹

El momento y el lugar

Según la mayor parte de las crónicas históricas, Polonia fue una especie de actor secundario en la escena mundial del siglo xx: pocas veces protagonista, en muchos casos una víctima, un país cuyas virtudes heroicas parecían ir unidas a una sorprendente incapacidad para el gobierno y la diplomacia. Sin embargo, si definimos el siglo xx no por una cronología convencional sino por su escena central, la verdad es que Polonia desempeñó un papel decisivo en varios momentos cruciales entre 1914 y 1991: esos setenta y siete años de crisis de la civilización occidental que empezaron cuando los cañones de agosto mar-

caron el comienzo de la primera guerra mundial y acabaron cuando desapareció una de las mayores consecuencias de esa guerra, la Unión Soviética.

Según el propio Lenin admitió, el Milagro del Vístula de 1920 —en el cual las fuerzas polacas del mariscal Józef Piłsudski rechazaron a la caballería del Ejército Rojo, haciendo que las fuerzas de Trotski se replugaran y volvieran a Rusia— fue una «derrota gigantesca, como no ha habido otra» para la revolución del mundo comunista.² Diecinueve años después, Polonia fue el primer Estado europeo que ofreció resistencia armada a Adolf Hitler, demostrando la necesidad imperiosa de defender la libertad contra el totalitarismo en lugar de tratar de saciar sus apetitos. Cincuenta años después de aquello, en 1989, Polonia volvió a afirmar su derecho a la libertad contra peligros aparentemente insuperables, y se convirtió en el punto neurálgico de una revolución no violenta que borró el comunismo europeo del panorama de la historia propiciando el nacimiento de un nuevo orden democrático.³

La Polonia en la cual el padre Karol Wojtyła pasaría los primeros años de su sacerdocio era un país que había sido llamativamente —algunos dirían completamente— modificado por la segunda guerra mundial y por las disposiciones de posguerra acordadas por la Unión Soviética, el Reino Unido y Estados Unidos.⁴ Había sido desplazada varios cientos de kilómetros hacia el oeste, perdiendo territorios que habían sido polacos durante siglos y ganando otros que actuarían como muro de contención con la Alemania de posguerra (y una excusa para la hegemonía soviética) durante décadas. En lo político, la Polonia que había salido de la segunda guerra mundial era una propiedad subsidiaria al ciento por ciento de la URSS, una pieza central del rompecabezas imperial soviético de la posguerra, y un puente terrestre hacia la Alemania del Este comunista. Desde el punto de vista étnico, la Polonia de posguerra era más polaca que nunca, tras haber sido exterminados sus judíos en el holocausto e incorporados los ucranianos a la República Socialista Soviética de Ucrania. En lo cultural, podría decirse que la Polonia de posguerra era el país más intensamente católico del planeta, no sólo como consecuencia de los genocidios y del traslado de población, sino porque la Iglesia católica, que había sufrido terriblemente durante la segunda guerra mundial, había salido de ella con su honor intacto y con su papel histórico, como depositaria de la identidad y la memoria polacas, confirmado. En lo económico, el país era una ruina, ya que había sido uno de los campos de batalla en los cuales dos potencias totalitarias habían librado una lucha armada a muerte. En el aspecto psicológico, Polonia estaba aturdida y deprimida; el miedo reinaba en el país a pesar de su supuesta liberación. Una quinta parte de la población había muerto entre 1939 y 1945. Los supervivientes tenían la sensación de que lo

más granado de la nación había sido sacrificado en la guerra que Polonia había perdido por partida doble, ya que el nuevo orden comunista se impuso con una violencia equiparable a la de la anterior ocupación nazi.

Sin embargo, Polonia había conseguido sobrevivir a la segunda guerra mundial, del mismo modo que había conseguido renacer en las postrimerías de la primera, después de ciento veintitrés años de exilio del mapa político de Europa. Había sido por un margen muy escaso. Atrapada en septiembre de 1939 entre las pinzas totalitarias de la Wehrmacht y el Ejército Rojo, la Segunda República polaca estaba en peligro mortal. Tal como dice un historiador, en octubre de 1939 «el Estado polaco [...] se enfrentaba a la amenaza no sólo de una derrota militar total, sino también a la pérdida de continuidad legal y constitucional. Casi la totalidad de su territorio estaba controlada por una alianza enemiga, y sus autoridades constitucionales habían sido neutralizadas por un supuesto aliado». ⁵ Ese aliado, Gran Bretaña, seguiría considerando a Polonia un dolor de cabeza diplomático durante toda la guerra, a pesar de las heroicas contribuciones de las escuadras polacas a la victoria británica en la batalla de Inglaterra, y de la infantería y de los cuerpos blindados polacos a las victorias aliadas en Italia y Normandía.

El destino de la Polonia de posguerra quedó determinado por un acontecimiento y una decisión. El acontecimiento fue la batalla de Kursk, el mayor enfrentamiento acorazado de la historia, que, en agosto de 1943, puso fin efectivamente a la invasión alemana de la Unión Soviética e inició el largo y sangriento proceso por el cual el Ejército Rojo se abrió camino hasta Berlín. La decisión fue la elección estratégica tomada por Winston Churchill y Franklin Roosevelt en Quadrant, la conferencia que celebraron ese mismo mes en la ciudad de Quebec. Al aceptar el plan norteamericano de invadir la *Festung Europa* de Hitler desde el oeste, a través del canal de la Mancha (y no desde el sur, atravesando los Balcanes), los Aliados occidentales determinaron que Polonia sería arrasada por el Ejército soviético, en lugar de ser liberada por las fuerzas angloamericanas. Durante la última parte de la guerra, no fueron nada desdeñables las incapacidades y peleas internas del Gobierno polaco en el exilio. Sin embargo, esos fallos de los polacos fueron, en cierto sentido, tan irrelevantes para el juego de la *Realpolitik* de grandes potencias —jugado en las conferencias de los «tres grandes» de Teherán y Yalta— como el comportamiento heroico de los pilotos polacos de la RAF durante la batalla de Inglaterra y de los soldados polacos en Monte Cassino: con la maldición de la realidad geográfica de ser una vasta planicie entre Alemania y Rusia, Polonia era ahora un peón en la mortífera partida de ajedrez a dos bandas entre la Unión Soviética y Occidente.

En 1945, pocos podrían haber imaginado que Polonia tendría la clave para la victoria definitiva de las fuerzas de la libertad en esa contienda. Sin embargo, algunos de los elementos de semejante resultado eran discernibles de la experiencia polaca de la segunda guerra mundial. Bastaba con mirar con atención sin quedarse en la superficie de las cosas. El levantamiento de Varsovia de agosto y septiembre de 1944, por ejemplo, se considera a menudo un ejercicio suicida prácticamente sin consecuencias políticas.⁶ Sin embargo, una mirada retrospectiva a la historia de fines del siglo xx permite tal vez entrever que la negativa a aceptar la pérdida de soberanía de Polonia ante la ocupación alemana sembró las semillas de la resistencia que fructificarían, aunque bajo una forma muy diferente, en la década de 1980.⁷ De las brutalidades de los años soviéticos de Polonia —entre ellas la masacre de por lo menos veintidós mil oficiales polacos por el NKVD en 1940 en el bosque de Katyn— no se podía hablar en público en Polonia en las décadas que siguieron a la guerra. No obstante, las familias sabían que esposos, padres, tíos y hermanos habían desaparecido, y esos amargos recuerdos eran un recordatorio vivo, imborrable, de que el régimen comunista, que proclamaba su legitimidad exclusiva como libertador de Polonia, estaba asentado en realidad sobre una base de falsedades homicidas. El sacrificio personal de un hombre como el padre Maximiliano Kolbe, que dio su vida en el búnker de la muerte de Auschwitz para salvar la de un prisionero padre de familia, dio por tierra con la afirmación comunista de que la Iglesia católica era la opresora histórica de la clase trabajadora, al igual que los sacrificios de miles de sacerdotes, monjas y laicos polacos que murieron bajo la cruz gamada del nazismo por la cruz de Cristo.

Es cierto que en 1945 y 1946 Polonia parecía diferente, se sentía diferente y en muchos aspectos era un país diferente del que había sido en su breve período de veintiún años de independencia moderna. Había gente diferente, una economía diferente y un Gobierno diferente que denunciaba a enemigos diferentes. Sin embargo, había una continuidad cultural y espiritual en la vida polaca que en un momento dado llegaría a desmentir la pretensión comunista de estar construyendo una nueva Polonia. La presencia de tropas del Ejército Rojo, las vinculaciones entre los servicios polacos de seguridad interna y el NKVD/KGB, y la política occidental de «contención» podrían interpretarse como que, según todas las apariencias, la soberanía polaca no era más que una ficción piadosa. Sin embargo, como Polonia demostraría entre 1939 y 1989, hay poderosas formas de soberanía cultural y espiritual que pueden resistir a los regímenes políticos más duros, e incluso derrotarlos.

Ponerle una montura a la vaca

Ioseb Besarionis dze Jughashvili, más conocido por su *nom de guerre* bolchevique de *Stalin*, era un georgiano que adoptó ciertas actitudes clásicas rusas hacia Polonia y los polacos: los odiaba a ambos. Su pacto de agosto de 1939 con Hitler fue un intento de ganar tiempo para preparar su defensa contra el asalto nazi que sabía inminente, e implicaba hacerse con gran parte del territorio tradicionalmente polaco y deportar a miles de familias polacas a las estepas de Asia central. Cuando los Aliados tomaron la iniciativa para insistir en que se reconstituyese alguna forma de «Polonia» tras la derrota de Hitler, Stalin se aseguró de que la nueva Polonia fuera un Estado vasallo de los soviéticos. Cuando el Ejército Rojo atravesó Polonia en 1944, sus divisiones iban acompañadas de agentes, asesinos y ejecutores de la policía secreta soviética decididos a evitar que pudiera organizarse una resistencia política contra el Comité de Lublin patrocinado por el sóviet (que afirmaba ser el Gobierno verdadero de la Polonia liberada) y no por el Gobierno polaco exiliado en Londres.

Fue así como junto con lo que llegaría a ser la Tercera República polaca nació un enorme aparato de represión de la policía secreta. En el momento del Día de la Victoria Europea, el así llamado «Ministerio de Seguridad Pública» tenía once mil empleados, número que se duplicaría con creces al cabo de unos meses, con el consiguiente aumento también del número de agentes, informadores y provocadores. El Ejército polaco, controlado a esas alturas por los comunistas o por sus peones, llevaba a cabo campañas propagandistas entre la población civil, al tiempo que adoctrinaba a sus propias fuerzas y realizaba expulsiones de personas de etnia alemana en los «territorios recuperados» del oeste.⁸ Stalin diría más tarde, en unas memorables palabras, que tratar de convertir Polonia en un país comunista era como ponerle una montura a una vaca. En los comienzos de la Polonia comunista, el hombre al que Churchill y Roosevelt llamaban «el tío Joe» no lo intentó siquiera con la vaca.

La brutalidad con la que el NKVD y sus aliados de posguerra en los servicios internos de seguridad polacos liquidaron a miles de personas cuyo único «crimen» había sido la patriótica defensa de la independencia polaca a través del AK o de otros movimientos de resistencia era un reflejo del estilo paranoide que se convirtió en una característica perdurable del comunismo soviético. No fue ni un protagonista de la guerra fría occidental ni un crítico polaco de Rusia, sino el gran novelista y poeta ruso Boris Pasternak el que en una ocasión describió a Lenin como «la encarnación de la venganza» y a Stalin como un «Calígula marcado de viruela».⁹ La paranoia comunista soviética se expresó en muchos campos: ideológico, político, cultural

y económico; su expresión más letal fue esa serie de agencias de la policía secreta que llegó a conocerse como KGB. Resulta irónico, pero su fundador, en los tiempos en que se conocía como la Cheka, fue un comunista polaco, Feliks Dzerzhínskii. Sus sucesivos jefes, según el historiador de la inteligencia británica Christopher Andrew, fueron hombres «más propios de una cámara de los horrores que de un salón de la fama», una verdad tal vez reconocida inconscientemente por el hecho de que el club de oficiales de Lubyanka, el cuartel general del KGB en Moscú, no tenía fotografías de los antiguos presidentes de la agencia (tres de los cuales habían sido fusilados en distintas purgas, uno se había suicidado y varios eran psicópatas clínicos).

Entre los enemigos del comunismo soviético, reales e imaginarios, ninguno era más temido por el KGB y sus predecesores que la Iglesia católica, que ya era considerada un enemigo ideológico de primer orden incluso antes de que los bolcheviques se hicieran con el poder en una Rusia que se desmoronaba en 1917. Ese temor fue transmitido más adelante a la seguridad interna aliada y a los servicios de inteligencia del bloque soviético (entre los cuales había muchos que no necesitaban una instrucción excesiva al respecto). Los diplomáticos vaticanos y otros que suponían que la inteligencia soviética y los servicios de inteligencia de su Pacto de Varsovia actuaban más o menos como sus equivalentes occidentales, se equivocaban de medio a medio. Había una inclemencia en la persecución comunista del catolicismo alimentada por una paranoia profundamente arraigada, que a su vez era probable que fuese un reflejo del sistema cuasi religioso que era en sí mismo el marxismo leninismo (aunque de una naturaleza ultramundana) al que no le faltaban una doctrina, una teoría de la moralidad, una idea de la salvación, un concepto de las «cosas supremas» y hasta un martirologio.¹⁰ El comunismo y el catolicismo no podían coexistir pacíficamente. En una confrontación que se prolongó durante un período de la historia más bien largo, alguien tenía que ganar y alguien iba a perder. Al menos así era como veía las cosas el comunismo real.

Así pues, desde el punto de vista comunista, la difícil cuestión de ponerle a la vaca polaca la montura del marxismo leninismo se complicaba mucho más por la intensa fe católica de Polonia y por la vinculación del catolicismo con la identidad nacional y con el patriotismo polaco. Y aún había otras complicaciones que tenían que ver con la historia reciente. Los señores feudales soviéticos habían hecho un pacto con Hitler para dividir Polonia; sus vasallos comunistas polacos no habían participado profundamente en la resistencia contra el nazismo en la Polonia de la segunda guerra mundial. Sí lo había hecho, en cambio, la Iglesia católica, que había adquirido así un importante crédito moral por sus sacrificios. Ese heroísmo, que los comunistas

no podían igualar (a pesar de la incesante propaganda en sentido contrario) plantea una serie de retos a la *comunización* de Polonia. Igual que la ideología. Igual que la geopolítica de posguerra. Porque, dadas sus convicciones y sus temores, los líderes soviéticos y polacos del período que siguió inmediatamente a la guerra pensaban que la intensidad de la fe católica de Polonia no era tanto el fenómeno cultural e histórico natural que era, sino la expresión local de la polémica y las políticas prooccidentales y anticomunistas del papa Pío XII y de la Iglesia católica de todo el mundo; a los ojos de los bolcheviques, una conspiración mundial decidida a dar por tierra con los logros de la revolución de Lenin.

En los meses que siguieron inmediatamente a la segunda guerra mundial —los meses en los cuales el catolicismo polaco pudo salir de las catacumbas— el catolicismo público en Polonia estaba dividido. Algunos intelectuales polacos trataban de mantener cierta distancia de los políticos, incluso mientras el régimen comunista y el primado polaco, el cardenal August Hlond, entraban en conflicto. Otros activistas legos trataban de encontrar un lugar dentro del comunismo que les permitiera desempeñar un papel político. Incluso había quienes dedicaban esfuerzos infructuosos a formar partidos políticos católicos. A Adam Stefan Sapieha, el heroico arzobispo de Cracovia que había desafiado al *Gauleiter* nazi (líder de zona) Hans Frank, le habían permitido ir a Roma a recibir su capelo cardenalicio en 1946. Con todo, el entusiasmo con el que fue recibido el viejo prelado a su regreso a Polonia —los estudiantes levantaron su coche en la principal estación ferroviaria y lo llevaron (junto con el cardenal de setenta y nueve años) a su residencia— debió de reforzar la sensación de los comunistas de que el heroísmo del catolicismo de Cracovia durante la guerra, y el desdén general por el comunismo en la capital cultural polaca, iban a plantear un conjunto de problemas de difícil solución a la hora de ponerle la montura a la vaca.

Fue en estos años, de 1945 a 1947, cuando un joven clérigo llamado Karol Józef Wojtyła llamó por primera vez la atención de la policía secreta comunista polaca.

Un joven con un grado considerable de compromiso

La claridad vocacional de Karol Wojtyła fue en gran medida el resultado de las experiencias de la segunda guerra mundial en la parte de Polonia a la que el historiador Norman Davies denomina «Gestapolonia»: su vida cotidiana en medio de la brutalidad y las muertes sin motivo; sus actividades en la resistencia; su primera experiencia como trabajador manual y sus primeros pasos en la espiritualidad carmeli-

ta; la muerte de su padre y el asesinato de sus amigos. Tal como diría más tarde en una memoria de esos días difíciles, la combinación de «humillación a manos del mal» y el heroísmo que había encontrado ante ese peligro tan mortal, lo llevó gradualmente a un «desapego de sus planes anteriores»: llegó a entender que el sacerdocio era una forma de vida en la que podía resistirse a la degradación de la dignidad humana con armas espirituales y culturales. Al sopesar su situación, la convicción de Karol Wojtyła de que en el mundo no hay meras coincidencias —que todo lo que a nosotros nos parecen *coincidencias* en realidad son aspectos de la providencia divina que todavía no podemos comprender— se hizo más fuerte y empezó a inclinar su predisposición hacia el altar. Como escribiría medio siglo después, no fue tanto una cuestión de elegir como de ser elegido, a lo cual sólo cabía una respuesta.¹¹

Después de seis meses en el arzobispado, en el seminario clandestino de Sapieha, el período de «arresto domiciliario» de la extraordinaria preparación de Karol Wojtyła para el sacerdote católico llegó a su fin a mediados de enero de 1945, cuando el avance de las tropas del Ejército Rojo obligó a los alemanes a abandonar Cracovia. El curso académico de 1945-1946 fue, pues, el único período razonablemente normal que pasó Karol Wojtyła en el seminario. Ésos son también los años en los cuales su nombre aparece por primera vez en los archivos de la policía comunista secreta polaca, junto con los de sus compañeros seminaristas Andrzej Deskur y Stanisław Starowieyski, que habían vivido clandestinamente en la residencia arzobispal de Franciszkańska, 3. ¿Y a qué se debió la atención? El cuartel general de Sapieha, al cual se habían llevado durante la guerra pruebas de la complicidad del NKVD en las masacres del bosque de Katyn, estaba bajo vigilancia permanente, y seguramente se había visto a los seminaristas ir y venir en las semanas que siguieron a la «liberación» de la ciudad por el Ejército Rojo. Es posible que Wojtyła también hubiera despertado sospechas por su trabajo como vicepresidente de una organización estudiantil de la Universidad Jagellónica llamada *Bratniej Pomocy* («Ayuda Fraternal»), que hacía llegar ayuda occidental a los estudiantes necesitados. Puede que incluso fuera de mayor interés para los espías comunistas la demostración patriótica organizada por *Bratniej Pomocy* el 3 de mayo de 1946, una fiesta nacional tradicional que los comunistas estaban empeñados en erradicar. A continuación se produjo un disturbio cuando los estudiantes fueron atacados por la policía (con el apoyo del NKVD soviético); muchos fueron golpeados, algunos recibieron disparos al emplear el régimen fuego real, y también hubo arrestos. Tal como dice un historiador de la ciudad de Cracovia: «En esta ocasión, los nuevos poderes revelaron sus verdaderas intenciones, y aprove-

charon la oportunidad para incitar a una caza de brujas contra la *intelligentsia*.»¹²

Un mes después de esos alborotos, Karol Wojtyła aprobó los exámenes necesarios para completar su formación teológica previa a la ordenación. Sapięha, que había sido promovido al cardenalato en febrero de 1946, decidió ordenar sacerdote a Wojtyła en un programa acelerado, para que pudiera iniciar sus estudios teológicos de posgrado en Roma en el otoño de 1946; es posible que el cardenal, que tenía una aguzada percepción de la situación política, temiera que su mejor estudiante, joven brillante con dotes naturales de líder, estuviera llamando demasiado la atención de la policía secreta como consecuencia de sus actividades en la *Bratniej Pomocy*. Fue así como Sapięha ordenó a Wojtyła el 1 de noviembre de 1946, en la Fiesta de Todos los Santos, partir hacia Roma dos semanas después para cursar dos años de estudios en teología. Cuando este joven a quien el cardenal Sapięha veía como una gran promesa volvió a Polonia en el verano de 1948, se encontró con un país que trataba dificultosamente de respirar en el clima asfixiante de la represión estalinista.¹³

Tiempos difíciles

Estando en Roma, Karol Wojtyła se perdió las «elecciones» parlamentarias amañadas que se celebraron en Polonia el 19 de enero de 1947: una bufonada en la cual «algunas personas votaban, pero otras contaban», según decían sarcásticamente los polacos. Según algunas estimaciones, el principal partido anticomunista, el Partido Polaco de los Campesinos (PSL), recibió casi el 70 por ciento de los votos. Según los recuentos oficiales, el PSL consiguió el 10,3 por ciento de los votos, mientras que el bloque comunista obtuvo el 80 por ciento.¹⁴ Cracovia votó mayoritariamente contra los comunistas, cosa que llevó al régimen a tildar la ciudad de «bastión reaccionario»; en su característico estilo despreciativo, los comunistas prometieron una «lucha sin cuartel contra la estrechez mental de Cracovia, su clero reaccionario, su burguesía retrógrada, sus especuladores y los epígonos de preguerra de un mundo burocrático».¹⁵

Los primeros años del comunismo polaco no estuvieron exentos de elementos absurdos. El tradicional gusto polaco por el humor mordaz, amortiguado durante más de un siglo de resistencia contra la pérdida de la independencia, floreció en la atmósfera a veces inconsciente de comienzos del período estalinista del comunismo polaco: los ocurrentes señalaban que entre cien de los llamados bolcheviques era posible encontrar a un bolchevique convencido, treinta y nueve delincuentes y sesenta idiotas.¹⁶ Pero en medio de tanto inge-

nio, la principal característica de esos primeros días fue la brutalidad, reflejo tanto de la patología de su amo soviético, Stalin, como de los temores de ilegitimidad del propio régimen. Fue así como los antiguos miembros del AK, como pago por su patriotismo, se convirtieron en blancos especiales de una feroz persecución cuyas primeras víctimas fueron polacos como Witold Pilecki, patriotas cuyo heroísmo durante la guerra podría haberles dado derecho a tener una voz en el futuro de la nación y que, según la lógica del estalinismo, debían ser, y fueron, liquidados.

Se organizó rápidamente una extensa burocracia para gestionar, o malgestionar, una economía dirigida; según un historiador, se destacaba por una «jerarquía estrictamente observada» y «una falta total de competencia». Prácticamente toda forma de actividad social independiente —desde los sindicatos a los clubes deportivos, desde las agrupaciones de jóvenes hasta las asociaciones patrióticas— desaparecieron en las voraces fauces del «partido Estado», que estaba decidido a sustituir a la sociedad civil en una «progresiva soviétización de toda la vida pública». ¹⁷ El imperio de la ley, en todo el sentido del término, quedó suspendido. Los tribunales fueron corrompidos; el «grado de nocividad social» de un supuesto delito era tomado en cuenta a la hora de dictar sentencia, especialmente en el caso de los prisioneros políticos. Se formaba a jueces políticamente aceptables, con educación secundaria apenas, a los que se llenaba la cabeza en un curso de quince meses antes de dedicarse a juzgar y emitir esas sentencias. ¹⁸

Ante la necesidad de un enemigo, los comunistas de todo el bloque soviético trataban de fomentar la histeria popular contra el supuesto belicismo occidental, y en Polonia, contra el revanchismo alemán en los «territorios recuperados» occidentales de Polonia (que habían sido alemanes durante el período de entreguerras). Este proceso externo tuvo sus equivalentes internos: decretos sobre «secretos oficiales» y «secretos de Estado» contribuyeron a garantizar operativos policiales permanentes de depuración de supuestos espías, extranjeros y polacos. ¹⁹ En menos de una década, los órganos comunistas de seguridad interna reclutaron o sobornaron a unos setenta y cinco mil «pares de ojos», hombres y mujeres que mantenían informados a sus controladores de tal o cual comentario o actividad adversos de vecinos o compañeros de trabajo. El resultado neto fue que, llegado 1954, seis millones de polacos —uno de cada tres adultos— figuraba en el Registro de Elementos Criminales y Sospechosos. ²⁰

A pesar de haber conseguido el control de la maquinaria del Gobierno al tiempo que se asesinaba o se encerraba a decenas de miles de prisioneros políticos, los amos comunistas de Polonia seguían preocupados por la Iglesia católica. Los memorándums de la policía se-

creta de la época insistían en la necesidad de contrarrestar la influencia nefasta del clero «reaccionario», y dividían a los sacerdotes de Polonia en tres categorías: enemigos, neutrales y «positivos». Nada tiene de sorprendente, teniendo en cuenta el marcado liderazgo del cardenal Sapieha y su resistencia al régimen totalitario anterior, que los clérigos de Cracovia estuvieran casi todos clasificados como «enemigos».²¹

Según el historiador Andrzej Paczkowski,²² hacia finales de 1947 el régimen comunista polaco había destruido prácticamente «todas las instituciones capaces de cristalizar y articular sentimientos anticomunistas». Sin embargo, esos sentimientos seguían existiendo y, en el vacío creado, la Iglesia católica pasó cada vez más a representarlos a todos. Los líderes de la Iglesia sabiamente se negaron a asumir un papel político directo, pero sus críticas a las falsas elecciones de enero de 1947, sus propuestas de reforma constitucional, su defensa de las libertades civiles, sus protestas contra la eliminación de la educación religiosa en las escuelas y sus quejas contra el poder arbitrario de la policía y las nacionalizaciones innecesarias de la propiedad de la Iglesia (incluidas varias imprentas católicas) convirtieron a los obispos católicos de Polonia en una oposición de facto. Una vez eliminada cualquier otra forma de actividad política anticomunista, tanto manifiesta como encubierta, el comunismo polaco pudo dedicar su atención a luchar contra la Iglesia por los corazones, las mentes y las almas del pueblo polaco.

La policía secreta llevaba un archivo de cada parroquia del país, con «pares de ojos» que identificaban a los feligreses más activos y describían sus planes. Desde el día de su ingreso en el seminario menor, todos los jóvenes polacos seminaristas estaban fichados y vigilados, lo mismo que todos los sacerdotes. A los niños se les advertía que no hablaran de lo que habían oído en las clases de catequesis, aunque la persona que los interrogara llevara sotana o alzacuellos.²³ La prensa católica, incluidas publicaciones tan intelectuales como *Tygodnik Powszechny* (*Semanario Universal*), con base en Cracovia, y su equivalente mensual *Znak* (*Señal*), era sometida a un minucioso escrutinio y a una censura constantes.

A veces el Vaticano contribuía a hacer más difícil la situación de la Iglesia polaca. Una carta de 1948 del papa Pío XII a los obispos de Alemania, expresando su preocupación por los doce millones de alemanes que habían sido expulsados de los «territorios recuperados» de Polonia fue usada como arma contra los católicos por el comunismo polaco. Un año más tarde, Pío XII amenazó con la excomunión a todos los que se hubieran afiliado a partidos comunistas. La amenaza iba dirigida fundamentalmente a Italia, donde la práctica era muy frecuente, pero fue aprovechada rápidamente por los comunistas po-

lacos como excusa para aumentar la presión sobre los católicos de este país: cinco mil quinientos sacerdotes fueron llamados a «conversaciones de explicación y de advertencia».²⁴

A pesar, sin embargo, de toda la presión y de la intensa vigilancia (que implicaba un enorme gasto de recursos del Estado, y por lo tanto constituía una forma de robo a la sociedad civil), el comunismo polaco de la era estalinista nunca consiguió hacerse del todo con la Iglesia católica. Un servicio de inteligencia no puede ser mejor que el análisis con que filtra y explica los datos, y en todo el imperio soviético, la insistencia de los espías comunistas en interpretar a la Iglesia a través de su propia experiencia —o sea, la de una mafia política que pretende hacerse con el poder— resultó un grave impedimento para entender la dinámica interna del principal enemigo ideológico del comunismo.

Lo mismo sucedería con las excepcionales dotes políticas y valor inquebrantable del hombre que lideraría el catolicismo polaco a través de estos tiempos difíciles: Stefan Wyszyński.

El primado

Durante toda la segunda guerra mundial, Wyszyński se mantuvo un paso por delante de la Gestapo, actuando como una especie de capellán volante después de que la ocupación cerrara el seminario en el cual estaba enseñando. Al final de la guerra, el hombre conocido por el nombre clandestino de *Hermana Cecilia* volvió a Włocławek para reabrir el seminario como rector, pero fue rápidamente desvinculado de ese puesto para convertirse en obispo de Lublin en marzo de 1946; dejó el seminario el día que cinco de sus colegas de antes de la guerra volvieron del campo de concentración de Dachau. Sin embargo, los días del joven obispo en Lublin serían pocos, ya que dos años y medio más tarde, el 12 de noviembre de 1948, el papa Pío XII nombró a Wyszyński, de cuarenta y siete años de edad, arzobispo de Gniezno y Varsovia, y sucesor del cardenal August Hlond como primado de Polonia.

A lo largo de la historia polaca, el primado había sido el *interrex*, el «rey entre uno y otro rey», durante los períodos en los cuales la nobleza estaba decidiendo quién debía ser el siguiente monarca elegido de Polonia. No había más reyes, por supuesto, pero Stefan Wyszyński, una fuerte personalidad a quien un admirador describió en una ocasión como un «personaje fantástico, aunque medieval», asumió el papel de *interrex* con convicción.²⁵ Otra cosa importante es que el primado Wyszyński aportó a su liderazgo indiscutido del catolicismo polaco una concepción muy pensada de la situación de posguerra, que consi-

deraba realmente funesta. La Iglesia había sufrido terriblemente durante la guerra, y había demostrado, en escenarios que iban desde Dachau al levantamiento de Varsovia, que estaba dispuesta a sufrir, a sacrificarse y a morir si era necesario. Ahora, Wyszyński creía que la Iglesia tenía que demostrar que era capaz de vivir incluso en un entorno estalinista. Como pensador, estaba muy a la izquierda de la conservadora clase dirigente del clero polaco y era un reconocido experto en doctrina social católica, que reivindicaba la importancia de los derechos de los trabajadores; sin embargo, también era un ardiente anticomunista. Al mismo tiempo creía que la Iglesia tenía que encontrar una especie de *modus vivendi* con el nuevo régimen, ganando espacio vital para reconstruir su fuerza pastoral.

Wyszyński mantuvo con firmeza las otras tres convicciones que darían forma a su gobierno del catolicismo polaco y a su estrategia política durante tres décadas. Estaba convencido de que la piedad popular polaca —en especial la devoción a María, Madre de Dios— era mucho más fuerte que la propaganda comunista y se podía recurrir a ella como fuente de resistencia cultural. Creía comprender la situación eclesiástica y política polaca mucho mejor que cualquiera del Vaticano, y, como patriota polaco, estaba decidido a evitar la extinción de Polonia en la que estaba empeñada la Unión Soviética, si el coste era moralmente asumible. Estas convicciones no siempre sentaban bien a las autoridades de Roma, que a finales de la década de 1940 preferían una confrontación directa con el comunismo. A Wyszyński no lo asustaba la confrontación, pero quería ser el que definiera las condiciones y el terreno en que se habrían de librar las batallas; a decir verdad, durante la larga lucha que tenía ante sí, a veces provocaría deliberadamente una confrontación, cuando pensaba que las cosas se habían relajado un poco y era necesario recargar la tensión moral de la vida católica bajo el comunismo. Sin embargo, su reacción inicial al convertirse en sucesor de san Adalberto y primado en 1948 fue conseguir algún tipo de trato que permitiera a la Iglesia ganar tiempo.

Fue así como en 1950 la Iglesia y el Gobierno polaco se pusieron de acuerdo sobre un conjunto de normas básicas para una tensa coexistencia. El régimen reconoció la autonomía interna de la Iglesia, sus vínculos religiosos con el papado, su vida litúrgica y ceremonial (incluidas las manifestaciones públicas de fe, como los peregrinajes), sus publicaciones independientes y su ministerio pastoral en escuelas, hospitales y prisiones; los comunistas también accedieron a permitir órdenes monásticas (una eterna pesadilla para los bolcheviques) y asimismo la KUL, la única institución católica de enseñanza superior situada detrás de lo que Churchill había empezado a llamar el Telón de Acero. La Iglesia, por su parte, reconoció el régimen comunista como el Gobierno legal de Polonia, asumió los «territorios recu-

perados» occidentales como legítimamente polacos, se comprometió a trabajar por la reconstrucción nacional y a evitar «actividades hostiles a la República Popular polaca».²⁶ Algunos en Roma pensaban que Wyszyński había hecho demasiadas concesiones. El primado no era tonto; sabía que las autoridades comunistas cederían, se plegarían y, en caso necesario, pasarían por alto sus acuerdos, de tal modo que sería necesaria una vigilancia constante; pero también creía que se habían sentado las reglas básicas para una lucha constante, y que había definido el terreno que podría defender eficazmente. Roma por fin se avino al punto de vista de Wyszyński, que fue nombrado cardenal en 1952.

Sin embargo, por entonces, estaba metido hasta el cuello en la confrontación con un régimen que ya había empezado a violar el acuerdo de 1950. Se amenazaba a los padres con la pérdida del puesto de trabajo si no enviaban a sus hijos a las escuelas comunistas y a las agrupaciones de jóvenes. Las publicaciones católicas, ya censuradas, se veían acosadas a menudo por «escasez de papel» y algunas hasta fueron cerradas. Arrestaron a muchos sacerdotes, y el obispo de Kielce, Czesław Kaczmarek, fue sentenciado a doce años de prisión tras ser sometido en 1951 al clásico simulacro de juicio. Bolesław Piasecki, jefe de la asociación seudocatólica Pax, simpatizante del comunismo, era un portavoz de la propaganda del régimen que acusaba al Vaticano (y, por extensión, a la jerarquía católica polaca) de colaboración con los «revanchistas alemanes», una de las calumnias favoritas del NKVD/KGB. La confrontación directa que Wyszyński había procurado evitar se hizo inevitable cuando, en mayo de 1953, el régimen ordenó la implantación de una ley por la cual él mismo, y no la Iglesia, nombraría y quitaría a pastores, vicarios y obispos. La Iglesia pasaría a convertirse, de facto, en subsidiaria del Estado comunista polaco.

Wyszyński arrojó el guante en un histórico sermón pronunciado en la catedral de San Juan, en Varsovia: «Inculcamos que lo propio es dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, pero cuando el César se instala en el altar, le respondemos tajantemente que no puede hacerlo.» A continuación los obispos polacos se reunieron en Cracovia bajo la presidencia de Wyszyński y le dijeron al César comunista polaco que «no podía» en términos que no admitían duda: la paz de Polonia, declararon los obispos, dependía únicamente de que «el Gobierno abandonara su odio radical, destructivo hacia el catolicismo, y renunciara a subyugar a la Iglesia para convertirla en un instrumento del Estado... No se nos permite poner las cosas de Dios en el altar del César. *¡Non possumus!* («¡No podemos!»).²⁷ El Gobierno comunista acusó a los obispos de traición, o, según el eufemismo comunista, de «un ataque a la constitución». La noche del 25 al 26 de septiembre de 1953, el cardenal Wyszyński fue arrestado y empezó

tres años de internamiento, primero en un antiguo monasterio al noroeste del país, luego en un convento del sur. Al finalizar ese año, ocho obispos y novecientos sacerdotes estaban en prisión por la fe. Ese número aumentaría a dos mil a lo largo de los dos años siguientes, mientras se cerraban las facultades de teología, se amenazaba a los padres, se suspendía la educación religiosa en las escuelas y se imponían a la Iglesia onerosos impuestos.²⁸

Creación de zonas de libertad

A su regreso de Roma en el otoño de 1948, el padre Karol Wojtyła fue destinado por el cardenal Sapieha a la iglesia de la Asunción, en Niegowic, que era por entonces un pueblo rural al pie de los Cárpatos, a unos veintidós kilómetros al este de Cracovia. Las responsabilidades primarias del joven cura comprendían la formación religiosa de los niños del lugar, que estaban desplegados en cinco aldeas que visitaba regularmente en un coche de caballos. Al regresar a la iglesia de la Asunción, el joven sacerdote se pasaba horas en el confesionario y empezó su dedicación a la atención de los jóvenes que duraría toda su vida. Puso en marcha un grupo teatral y un círculo para el rezo del rosario; estas dos actividades le daban amplias oportunidades de formar a las almas jóvenes que estaban expuestas constantemente a la propaganda comunista, incluso en un lugar relativamente aislado como Niegowic. Cuando uno de sus jóvenes feligreses le dijo que los esbirros comunistas habían estado pidiendo información sobre las actividades para jóvenes de la parroquia, Wojtyła dispuso las inquietudes del joven asegurándole que «ellos mismos van a marcar su fin». Demostrando desde muy temprano que era un hombre de grandes ambiciones, al menos en lo tocante a la vida de la Iglesia, el padre Wojtyła convenció a sus feligreses de construir una nueva iglesia de ladrillo en honor de las bodas de oro de la ordenación de su pastor.²⁹

Sin embargo, el cardenal Sapieha no tenía pensado que su sacerdote más prometedor pasara mucho tiempo en un ministerio rural, y tras ocho meses en Niegowic, Wojtyła fue trasladado a un destino muy diferente: coadjutor en la parroquia de San Florián, cerca de la Ciudad Vieja de Cracovia, centro de la vida intelectual y cultural católica de la ciudad. Allí iniciaría Wojtyła una nueva capellanía para jóvenes de ambos sexos que asistían a la Politécnica y a la Academia de Bellas Artes de Cracovia, situadas ambas a un tiro de piedra de San Florián.

Al hacer esto, Wojtyła definió un nuevo estilo de servicio para los estudiantes universitarios. Enseñó a sus jóvenes pupilos canto gregoriano y les entregó misales para que pudieran participar activamente

en la misa, lo cual era una innovación radical a comienzos de la década de 1950. También organizó seminarios fuera del campus donde los estudiantes tenían ocasión de leer a santo Tomás de Aquino y a los demás grandes pensadores católicos como antídoto contra la basura intelectual marxista a la cual se los exponía en la escuela. Usó el teatro como vehículo de catequesis en San Florián, donde también dispuso el primer programa de preparación al matrimonio de la historia de la archidiócesis. Organizó retiros y días de meditación para los alumnos que a menudo hacía coincidir con las épocas de exámenes para ayudarlos a prepararlos. Otra innovación sorprendente para la época —un verdadero desafío tanto a la cultura clerical tradicional polaca como a las restricciones del régimen comunista sobre las actividades que podían realizar los sacerdotes con los jóvenes— fueron los viajes con grupos de jóvenes de ambos sexos, con quienes compartía el entusiasmo por el ciclismo, el esquí y el kayak en la alegre campiña polaca, fuera del entorno sórdido, gris, contaminado, de la ciudad.

Los jóvenes se sentían atraídos por el padre Karol Wojtyła por muchos motivos: su inteligencia, su trato amistoso, su simpatía humana, su «actitud siempre abierta». Tal como lo expresó un miembro de la red que llegó a llamarse Środowisko: «Cuando él estaba con nosotros, teníamos la sensación de que todo iba bien... Sentíamos que podíamos hablar con él de cualquier problema; podíamos hablar absolutamente de todo.» Esas conversaciones eran serias, a veces graciosas, y a menudo directas y mordaces. Wojtyła, que ya era un maestro en el arte de escuchar, solía plantear preguntas agudas, pero al final decía a sus jóvenes amigos, tanto da que fuera junto al fuego, en un campamento o en el confesionario: «*Tú* debes decidir.» Cuando estos jóvenes se licenciaban y empezaban a cursar estudios de posgrado, a veces se metían en dificultades políticas y en situaciones difíciles de resolver; en lugar de discutir sobre grandes teorías políticas, Wojtyła y sus estudiantes hablaban de los retos morales que se presentaban a diario en la cultura comunista de la mentira. Sin embargo, Środowisko no era el tipo de «conspiración» a la que temían los amos comunistas de Polonia, era algo mucho más peligroso. La agudeza mental, la hondura espiritual, la actitud abierta hacia los demás y la insistencia en la responsabilidad moral de cada uno —«*tú* debes decidir»— creaba zonas de libertad en las cuales los estudiantes que se hacían amigos suyos podían tomar sus propias decisiones para vivir como cristianos serios. Y de hecho, eso significaba vivir en oposición a la construcción alternativa de la sociedad y a la idea alternativa del bienestar humano propugnada permanentemente por la propaganda comunista.³⁰

Al mismo tiempo que se iban entretejiendo las primeras hebras del rico tapiz de Środowisko, el padre Wojtyła daba sus primeros pasos como personalidad pública: daba sermones de gran hondura inte-

lectual en San Florián; mantenía reuniones regulares para discutir de religión y de ciencia con un grupo de jóvenes físicos; se relacionaba con los habituales de algunos de los salones intelectuales católicos de Cracovia y enviaba ensayos al periódico más importante de Polonia, *Tygodnik Powszechny*, el semanario con base en Cracovia al que los polacos serios recurrían en busca de la verdad ante las mentiras estalinistas. El régimen comunista de Polonia negaba puestos en las universidades estatales a los jóvenes universitarios católicos, pero *Tygodnik Powszechny* estaba siempre dispuesto a admitir a esos exiliados académicos en su personal. Los jóvenes escritores, a su vez, eran guiados por la mano firme y competente del jefe de redacción, Jerzy Turowicz, que rápidamente reconoció en Karol Wojtyła un talento eclesial poco frecuente: ensayista, poeta y dramaturgo capaz de hablar con elocuencia fuera del santuario y del púlpito.

Desde la perspectiva de la temprana lucha de Wojtyła contra el reto del comunismo, puede que la más curiosa de las obras literarias que escribió durante sus primeros años como sacerdote fuera *Hermano de nuestro Dios*,* que acabó en 1950. Su personaje principal es el artista polaco que se hizo monje, Adam Chmielowski, que dejó el mundo de la pintura de vanguardia para convertirse en un defensor de los pobres y fundador de una pequeña comunidad religiosa. Chmielowski, partisano en la insurrección polaca de 1863 contra el dominio zarista, perdió una pierna en combate y, tras recuperarse, se trasladó a Múnich y a París, donde se ganó una seria reputación como pintor modernista. A su regreso a Polonia empezó a sentirse cada vez más insatisfecho con la vida de artista y fue creciendo su indignación por el abandono en que tenía el Ayuntamiento de Cracovia a los oprimidos y desposeídos. Tras vestirse con un hábito de arpillera y hacerse llamar hermano Alberto, empezó su labor personal entre los pobres, que desembocó en la creación de dos comunidades religiosas, los Hermanos Albertinos y las Hermanas Albertinas. A su funeral, en 1916, asistieron miles de personas de todos los estratos de la sociedad cracoviana.

Wojtyła había sentido curiosidad por la figura del hermano Alberto en su época de estudiante, y usó los conflictos vocacionales de Chmielowski como recurso dramático para exponer sus propias ideas sobre el desafío de la teoría y la práctica del marxismo. En la obra, el personaje de Chmielowski, Adam, debate sobre la causa de los pobres con un personaje llamado el Extraño —«cripto-Lenin», como lo llamó en una ocasión el propio autor, ya que Wojtyła había adoptado, para su creación dramática, la leyenda local según la cual Chmielowski se había encontrado con Lenin en Zakopane, en el sur de Polonia, du-

* Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1990.

rante el exilio de éste de Rusia antes de la primera guerra mundial—. El estilo dramático de Wojtyła era sutil: el Extraño/cripto-Lenin es un personaje no exento de atractivo, y entabla un debate con Adam/Chmielowski sobre estrategias y tácticas: ¿cuál es el programa más eficaz para los pobres, la labor de la caridad cristiana y la reforma social, o el trabajo de la violencia revolucionaria? Sin embargo, donde Adam ve seres humanos reales, el Extraño sólo ve categorías: el imposible *lumpenproletariat*, trabajadores maduros para la revolución, etc. En un nivel aún más profundo, *Hermano de nuestro Dios* explora el significado de la libertad. Adam, plenamente consciente de las injusticias del orden social, llega a la convicción de que la única libertad verdadera es la libertad cristiana que pasa por el sufrimiento redentor de la cruz, transformando el mal en bien y liberando a hombres y mujeres para la genuina transformación social. La política, por sí misma, no podía liberar. Los corazones y las mentes convertidos, alumbrando una cultura auténticamente humanista, llegarían a transformar la política en una dirección más humana.³¹

Aumento de la presión y cambio de planes

A los amos políticos del momento no les pasó desapercibido este dinámico y joven sacerdote cuyas dotes atraían a estudiantes, intelectuales, artistas, científicos y jóvenes profesionales. En 1948, las conexiones de Wojtyła con el Teatro Rapsódico aparecían registradas en los archivos de la policía secreta, lo mismo que su amistad con Tadeusz Kudliński, un actor que en una ocasión había tratado de disuadir a Lolek de ingresar en el seminario clandestino y que había sido arrestado por su pertenencia a Unia (del cual tuvo que salirse Wojtyła al ingresar en el seminario).³² Un informe de noviembre de 1949 de Żagielowski, un informador de la policía secreta que era sacerdote de Cracovia, decía que, en el cuartel general de la archidiócesis de Cracovia, «Wojdyła» (tal como él escribió erróneamente el nombre) era tenido en alta estima y se lo consideraba muy prometedor; había que mantenerlo vigilado.

A las autoridades comunistas polacas les interesaba muchísimo lo que sucedía en la curia de Cracovia por diversas razones. Temían que el cardenal Sapięha tuviera documentación que identificara al NKVD soviético como autor de las masacres del bosque de Katyn (que durante décadas los soviéticos habían achacado a los nazis). Sabían que Sapięha estaba haciendo todo lo que podía para mantener los rudimentos de una sociedad civil, por ejemplo mediante la creación de una organización católica de caridad, Caritas Polonia, que los comunistas habían

cerrado a continuación. Además, querían toda la información que pudieran conseguir sobre el posible sucesor del anciano cardenal.

Sapieha no tenía, al menos formalmente, un sucesor inmediato como arzobispo. El cardenal murió el 23 de julio de 1951. Según el acuerdo de 1950 fraguado por el primado Wyszyński, al morir un obispo, la Iglesia polaca (que en la práctica quería decir Wyszyński) consultaría a Roma y a continuación propondría al Gobierno un nombre para cubrir la vacante; el Gobierno podría vetar a un candidato, pero no imponer a su propio sustituto. A la muerte del cardenal Sapieha, la Iglesia propuso que su sucesor fuera el arzobispo Eugeniusz Baziak, el arzobispo de rito latino de L'viv, en Ucrania, que había vivido en Cracovia desde que los soviéticos lo habían expulsado de Ucrania. El Gobierno polaco se negó a aceptar a Baziak (que habría sido anatema en Moscú por el puesto que había ocupado en Ucrania); la Iglesia no se retractó, de modo que, técnicamente, el arzobispado de Cracovia se mantuvo vacante durante los doce años siguientes, aunque la Iglesia de Cracovia consideraba a Baziak su arzobispo, al igual que la de toda Polonia.

Eugeniusz Baziak era un hombre reservado, formal que estaba convencido de que su tarea, en el apogeo de la represión estalinista, era mantenerse firme como una roca, sin despojarse en ningún momento de la máscara de severidad que consideraba esencial para mantener a raya a los comunistas. Debido a esa imagen, Baziak no llegó jamás a ser la figura popular que había sido Sapieha, pero protegió a la Iglesia lo mejor que pudo en esas circunstancias tan difíciles. Eso le representó un coste enorme en el plano personal, ya que en realidad era un hombre muy afectuoso en las contadas ocasiones en que se quitaba la máscara, cuando se encontraba a solas con viejos amigos de L'viv.

En 1952 se inició un ataque abierto y decidido a la Iglesia de Cracovia con el arresto de dos sacerdotes locales, Tadeusz Kurokowski y el padre Mieczysław Nowortya. Un año más tarde, en 1953, el arzobispo Baziak fue puesto bajo arresto domiciliario fuera de la archidiócesis, y su obispo auxiliar también fue expulsado de la ciudad. Cuando murió Stalin en marzo de 1953, cerraron *Tygodnik Powszechny* por haberse negado a publicar la nota necrológica laudatoria obligatoria. Se reabría meses más tarde con otro consejo editorial vinculado a la asociación Pax, comprometido a colaborar con el régimen. Ese mismo año se produjo la desaparición del amado Teatro Rapsódico de Karol Wojtyła, prohibido por el régimen por excesiva independencia.³³

Para entonces, la sección del Ministerio de Seguridad Pública local que se ocupaba de los asuntos religiosos había experimentado una considerable expansión, para incluir oficinas separadas que atendían prácticamente todos los aspectos de la vida católica. La Sección I es-

pió y trató de introducirse en la curia archidiocesana de Cracovia y también en la curia de la diócesis vecina de Tarnów. La Sección II se ocupaba de las órdenes religiosas católicas, con subsecciones para monasterios masculinos y conventos de monjas. El objetivo de la Sección III era el clero católico diocesano, mientras que la Sección IV trabajaba con otras comunidades religiosas, entre ellas los Testigos de Jehová (cuyo reducido número dentro del bloque soviético era inversamente proporcional a la virulencia con que se los perseguía). Las tácticas empleadas durante este período solían ser brutales: a clérigos (como Żagielowski) se los chantajeaba con amenazas de escándalo sexual o acusaciones (verdaderas o falsas) de colaboración con la ocupación nazi durante la guerra. Los arrestos e interrogatorios también eran instrumentos de los que se valía la policía secreta para reclutar fuentes católicas de dentro. No era mucho lo que conseguían, ni en materia de inteligencia ni en lo tocante a agentes, pero el esfuerzo no cesaba y se intensificó en 1953, cuando la lucha contra la Iglesia se revistió de una nueva perentoriedad a la luz del *non possumus!* de los obispos.

El cardenal Sapieha y el arzobispo Baziak estaban de acuerdo en que la batalla con el comunismo debía librarse en todos los frentes, incluida la vida intelectual. Fue así como seis semanas después de reemplazar al difunto Sapieha, Baziak (que debía de haber discutido el plan con su predecesor) relevó al padre Karol Wojtyła de su labor en San Florián y le concedió una excedencia académica de dos años, durante la cual habría de preparar su habilitación, la segunda tesis doctoral que lo habilitaría como profesor universitario. Wojtyła se trasladó a la Casa del Decano, una propiedad de la Iglesia en la calle Kanonicza, cerca del castillo real de Wawel, y se puso a analizar la teoría ética del filósofo alemán Max Scheler y su posible utilidad como base filosófica para la teología moral contemporánea cristiana.

Era una pregunta arriesgada para hacerla en este momento de la vida intelectual católica, ya que el enfoque fenomenológico que hace Scheler de la ética estaba muy alejado de las categorías escolásticas abstractas del análisis filosófico y teológico en el cual se había formado Wojtyła en el seminario y durante sus estudios de posgrado en Roma. Scheler estaba también a un mundo de distancia del formalismo kantiano que dominaba el campo de la ética filosófica por aquel entonces. Al final Wojtyła llegó a la conclusión de que la explicación que hace Scheler de la vida moral, si bien iluminaba determinados aspectos de nuestra forma de tomar decisiones, era incompleta, inadecuada y demasiado centrada en las emociones. Sin embargo, también sostenía que Scheler tenía cosas que enseñar a los pensadores católicos, porque su insistencia en el estado subjetivo de las personas que toman decisiones morales era un complemento importante de la

insistencia tradicional católica en la existencia de una verdad objetiva de las cosas que podemos conocer mediante la razón moral. Ambas cosas y la estrategia —subjetividad y verdad objetiva; pasión y razón— serían la señal distintiva del trabajo intelectual de Karol Wojtyła durante el siguiente medio siglo, y le darían potentes instrumentos conceptuales con los cuales continuar la batalla contra una tiranía comunista que proclamaba, como suprema legitimación, un conocimiento firme de la verdad científica de las cosas.³⁴

En noviembre y diciembre de 1953, la facultad de teología de la Universidad Jagellónica aceptó la disertación de Karol Wojtyła y le otorgó el doctorado de habilitación a comienzos del año siguiente. No obstante, antes de que pudiera ocupar un cargo como docente, el peldaño más bajo en la escala académica polaca, los comunistas cerraron la facultad jagellónica de teología. Este acto de vandalismo cultural, que fue una faceta más de la guerra del régimen contra la Iglesia, propició en cambio que Wojtyła aceptase un puesto en la KUL, «el único lugar entre Berlín y Seúl donde la filosofía era libre», según dijo con total claridad su colega, Stefan Swiezawski.³⁵

La supervivencia de la KUL fue uno de los logros del acuerdo de 1950 del cardenal Wyszyński con el Gobierno comunista polaco para conseguir un *modus vivendi*. Esto no dejaba de ser una ironía, porque el Comité de Lublin de 1944-1945, la alternativa manipulada y fraguada por los soviéticos al Gobierno en el exilio en Londres, representaba todo lo que había de falso y despreciable en la situación geopolítica de Polonia. Plenamente consciente de esto, el régimen comunista sustituyó la tradicional fiesta nacional del 3 de mayo con la que se honraba la Constitución de 1791 de Polonia —la primera Constitución democrática escrita de Europa—,³⁶ por el 22 de julio —el día en que el Comité de Lublin publicó su manifiesto político en 1944—. Por lo que respecta a la KUL, el régimen hizo todo lo posible por marginarla, construyéndole prácticamente al lado otra institución más grande, la Universidad Marie Curie-Sklodowska.

Stefan Swiezawski creía que los comunistas no perseguían abiertamente a la KUL porque «no podían creer que algo nuevo pudiera suceder en semejante lugar medieval», que el régimen imaginaba era la versión católica de «un gueto hasídico».³⁷ No obstante, aunque la universidad mantenía su independencia, estaba sometida a una implacable vigilancia y era objeto de los intentos de penetración de la policía secreta, algunos de los cuales tuvieron éxito, infiltrándose en los niveles más altos de la administración de la universidad.

El padre Wojtyła —ya por entonces doctor Wojtyła— empezó a desplazarse en tren desde Cracovia a Lublin a partir del curso académico de 1954-1955. Además de impartir su curso de introducción a la ética filosófica para no graduados, con una audiencia que abarrotaba

el aula magna, también daba conferencias para graduados y dirigía a alumnos de doctorado en sus investigaciones y sus tesis. Las conferencias para graduados de Wojtyła, o conferencias «monográficas», eran un ejercicio sobre el ecumenismo de la época, ya que el joven profesor entablaba un diálogo a través de los siglos con Platón, Aristóteles, san Agustín, santo Tomás de Aquino, Emmanuel Kant, David Hume, Jeremy Bentham y Max Scheler. En esas conferencias fue perfeccionando una serie de convicciones que desplegaría en su batalla contra el comunismo.

Insistía en que los seres humanos tenían un instinto natural para la verdad de las cosas, una inclinación innata a la verdad, el bien y la belleza. Sin embargo, hombres y mujeres eran libres de tomar decisiones reales, elecciones que sólo la razón nos permite saber que son decisiones entre lo que es objetivamente bueno y lo que es objetivamente malo, entre lo que es noble y lo que es bajo. Reducir esas elecciones, como lo hacía el comunismo, a expresiones de intereses de clase o a otras fuerzas económicas, era deshumanizar al ser humano. Y si el comunismo no entendía la dignidad humana ni la libertad humana, tampoco entendía la comunidad humana ni la sociedad. La cultura comunista de la mentira y las relaciones sociales tóxicas que creaba quedaron bien reflejadas en una famosa broma de la época: «El jefe del Partido Comunista pregunta: “¿Cuántos son dos más dos?”, y el trabajador polaco le contesta: “¿Cuántos le gustaría que fueran?”.» El comunismo no sólo estaba equivocado, era antinatural. Enseñaba un falso humanismo, porque los hombres y las mujeres sólo podían ser libres cuando vivían en la verdad sobre sí mismos, sobre sus comunidades y sobre su destino. La verdad sobre el ser humano era, pues, el arma más poderosa de la resistencia que podía desplegarse, especialmente en una situación en la cual los defensores de la mentira tenían el monopolio sobre las demás formas de poder.³⁸

La labor de Karol Wojtyła como filósofo se cruzaba con su vocación como sacerdote. Seguía siendo una fuerza magnética que atraía a los jóvenes, y su experiencia en la preparación de sus estudiantes y amigos para las responsabilidades del matrimonio y de la familia pronto lo llevaron a una seria reflexión sobre otro aspecto de la libertad humana: la libertad para amar. Miles de horas de confesionario y de dirección espiritual lo habían convencido de que la búsqueda del amor que es propia de nuestra naturaleza como seres sexuales, es también la búsqueda de un amor puro, un amor que se expresa en la entrega de uno mismo al otro y en la recepción por parte del otro como una entrega. Dar o usar: ésa era la opción fundamental en el amor sexual (y de hecho en cualquier otra forma de relación humana). Fue así como las reflexiones filosóficas de Wojtyła sobre la ética, su experiencia pastoral y sus convicciones sobre los modos divinos de

proceder en el mundo se reunieron en lo que él daría en llamar «la ley de la entrega»: la verdad de la libertad humana se encuentra en la entrega libre a los demás, y, en el matrimonio, la recepción libre de la entrega que hace el esposo de sí mismo.³⁹ Esta convicción, a la que dio expresión completa en su primer libro, *Amor y responsabilidad*,* arrojó una nueva luz sobre la clásica ética cristiana de la sexualidad, dando a las enseñanzas de la Iglesia sobre la sexualidad, el matrimonio y la planificación familiar responsable, una nueva textura ricamente humanista.⁴⁰

Y también aquí, la forma de pensar y de trabajar de Wojtyła fue una forma de resistencia contra la cultura comunista de la mentira. Las leyes permisivas a favor del aborto, los campamentos juveniles comunistas donde se alentaba la experimentación sexual, los horarios de trabajo que separaban a los esposos de las esposas, a los padres de los hijos... todos éstos eran instrumentos de las campañas comunistas contra la cultura tradicional polaca y contra la Iglesia y sus enseñanzas morales. La labor de Wojtyła en el campo del matrimonio y la familia fue un reto al régimen para demostrar quién tiene la concepción más humana de la libertad, quién se toma más en serio las capacidades morales de nuestro pueblo, quién trata a los ciudadanos como adultos capaces de tomar decisiones maduras y quién como meros niños que se dejan llevar por los deseos.⁴¹

El período de Karol Wojtyła en la KUL, que simultaneó con un intenso programa de trabajo pastoral en Cracovia, fue una época de maduración intelectual y pastoral. El joven que había imaginado su vida como una combinación de trabajo teatral y vida académica encontró un feliz equilibrio en la combinación del ministerio sacerdotal y el trabajo intelectual, actividades ambas que alimentaron su continua creación literaria en el terreno de la poesía y el teatro. Próximo ya a los cuarenta años, su modelo de vida parecía asentado. Sin embargo, se avecinaban cambios, y no sólo por los cambios en la dinámica de la incansable lucha entre la Iglesia católica y el régimen comunista polaco.

Una especie de deshielo

La muerte de Stalin en marzo de 1953 marcó el comienzo de una lucha por el poder dentro de la Unión Soviética; una de sus primeras víctimas fue el detestable jefe del KGB, Lavrenti Beria, un sádico depredador sexual ejecutado en diciembre de 1953. La denuncia que

* Ob. cit.